

## DE CUBA LIBRE.

Carta del General Gómez.

CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO  
LIBERTADOR.

Sancti Espíritus, Noviembre  
8 de 1895.

Señor Tomás Estrada Palma.  
New York.

Mi respetable y buen amigo: Desde comarcas más occidentales, me es grato dirigirle estas líneas, informándole del verdadero estado de la guerra en toda la Isla, que poco á poco va respondiendo al reclamo del derecho y la razón.

Como Ud. habrá notado desde allá, mi marcha ha sido lenta, y así había de ser para que fuese segura, pues no siempre es la rapidez alocada garantía de triunfo. Sin organización previa, ninguna empresa humana puede obliigar al éxito que la favorezca.

Desarrollado mi plan, tal cual lo tengo concebido, no bastarán á España 60,000 hombres para fatigar siquiera la Revolución. Y en el estado de debilidad y falta de fé en sus armas que aqueja á esa nación, ya puede Ud. imaginarse si le será posible enviar en conjunto ese cuerpo de Ejército, que enviado por fracciones no servirá sino para cubrir las bajas diarias, cuya cifra es bastante seria.

El General Campos, talvez por ilusionarse y fortalecer su fe perdida, se permite cimentar sus esperanzas de triunfo no en la justicia de su causa, ni en el esforzado empeño de sus armas; sino en lo que él llama la mala organización nuestra que por su mal no alcanza á comprender, y en nuestras rencillas y desunión. Nunca, empero, como esta vez, ha existido más concordia y unidad de miras en el pueblo cubano alzado.

Por acá se habla demasiado de reconocimiento de beligerancia; pero nosotros—sin preocuparnos poco ni mucho de sucesos que han de venir—todo lo fiamos al esfuerzo de nuestro brazo é inquebrantable resolución.

Como Ud. verá por la copia de la circular que le adjunto, he resuelto impedir la zafra, aunque nos privemos de la adquisición de algunos caudales. Pérdida aceptable, puesto que nuestros enemigos habían de recabar mayor cantidad, y lo que es peor, parecería ostensiblemente débil la Revolución, que parecía no poder destruir las fuentes de recursos y manifestaciones de poder de sus enemigos.

Además de que tan dura medida está justificada por las necesidades de nuestra guerra, ante la avaricia de España que no cesa en sus propósitos de usurpación eterna, me sugestiona la valiosa

aprobación de algunas de las víctimas de esta destrucción forzosa. Hasta tanto llega la abnegación de corazones magnánimos que nos aplauden y admiran!

Tanta grandeza patriótica me recuerda la destrucción de la "Numancia" cubana, "Bayamo" cuando sus valientes habitantes la entregaron con sus propias manos al sacrificio de las llamas.

Sobre sus cenizas fué que pudo sentar su planta el feroz Balma-ceda, con su ejército de asesinos y bandidos. ¡Cuánta sangre y afrenta tenemos que vengar! Y en la presente campaña llegaremos á todos los sacrificios, emplearemos todos los procedimientos á que nos impela la tenacidad y obcecación de nuestros enemigos. La Revolución es irresponsable, y la historia sólo podría hacerle el cargo de no haber sabido triunfar por sus debilidades y menguadas transigencias.

En cuanto al estado de nuestro Ejército Libertador, es tan bueno como puede desearse. Tenemos ya organizado cuatro cuerpos de ejército bastante bien armados y mandados por generales expertos y valientes, hombres probados como lo son los Maceos, Masó, Rabí, Pedro Pérez, Cerbreco, Rodríguez, Roloff, Sánchez, Castillo, Zayas, Suárez, Bermúdez, Francisco Pérez. . . . . Y los regimientos, brigadas y divisiones que componen estos cuerpos, están mandados por una pléyade de jefes y oficiales valientes y entendidos.

No se improvisan en tan corto tiempo soldados aguerridos y expertos; pero hemos conseguido bastante. Y ejercitando su valor poco á poco, sin imprudencias temerarias, ya se batían con denuedo y burlan á campo raso el fuego nutrido y casi siempre inútil y alto costoso de mil españoles, unos cuantos cubanos que mando á tirotearlos.

No sabe Ud., ni puede imaginar, cuanta gente buena tenemos en el campo. Confieso ingenuamente que me siento orgulloso de verme al frente de un ejército compuesto de elementos de tanta valía.

El importantísimo cuerpo de Sanidad Militar, es tan brillante que bien puede Cuba envanecerse de haber dotado á su Ejército Libertador de un personal en que figuran apóstoles de la ciencia como los doctores: Eugenio Sánchez Agramonte, Eugenio Moliner, Fermín V. Domínguez, Bruno Zayas, Nicolás Alberdi, Oscar Primelles, Daniel Gispert, Santiago García Cañizares, Federico Latorre, Rogelio Robaina, Juan Pons, Nicasio Soler, Joaquín Castillo Duany, Guillermo F. Mascarró, José Nicolás Ferrer. Porfirio P. Valiente, Hipólito Galano, N. Díaz, Tomás Padró Griñán.

Además, hemos organizado con providencial acierto el Gobierno

Civil, del que Ud. conoce perfectamente los auxilios que presta al Ejército. Ha comenzado la enseñanza en el campamento y así mismo en las Prefecturas.

Es muy difícil que el General Campos entienda la guerra de hoy. Y no me atrevería á expresar esta opinión con la franqueza y honradez de todos mis actos (tratándose de un jefe español que siempre me ha merecido consideración y respeto como militar pundonoroso y hombre culto) si él mismo en "interviews" celebrados con el director de *El Imparcial*, de Madrid, y "reporters" del *The Times* y *The World*, de Nueva York, no hubiese usado ostentación y jactancia militar juzgándonos débiles, cobardes y hasta inexpertos para podernos organizar.

Yo pudiera hacer una pregunta al General Campos, quien de seguro se vería en grande aprieto para contestarla con exactitud. ¿Cómo se explica que habiendo llegado á la vez que él á la Isla de Cuba los Generales Maceos, Martí y yo, en ocasión en que apenas se contaban sobre las armas las fuerzas diezmasadas de los Generales Pedro Pérez, en Guantánamo; en Cuba, las de Guillermo Moncada, huérfanas por muerte de su jefe envenenado; en Holguín, las del coronel Miró compuestas de este osado y tenaz jefe y un puñado de jóvenes holguineros, y las del general Bartolo Masó, en Manzanillo: cómo se explica, rapito, que no pudo sofocar en su cuna una Revolución naciente, que á pesar de sus talentos militares, de sus grandes recursos, de sus facultades omnímodas y de su influencia en el país, se ha extendido como un gran incendio en toda la Isla?

Y si el general Campos no pudo conjurar en aquellos días una situación menos comprometida, menos erizada de peligros y complicaciones, ¿cómo pretende salvarla en estos momentos, teniendo enfrente un Ejército de más de 50,000 combatientes, suficientemente organizados para sostener una campaña sin término? ¿Por qué no sofocó en su cuna el alzamiento cuando aún éramos débiles y él fuerte, cuando todavía no le había recortado el general Antonio Maceo con la derrota que le infligió en "Valenzuela," su talla y prestigio de guerrero, y los generales Roloff y Sánchez y Rodríguez no habían burlado con el desembarco y transporte de su expedición en pleno día y en carretas—su prestigio de experto y aviador militar? Y ofuscado pretende y ofrece matar ahora ó hacer rendir á 50,000 hombres no pudiendo al principio hacer prisioneros á 20!

Dejemos al general Campos que se agite y mueva incesantemente sin motivos justificados, sin resultados apreciables y siempre

subsistir las columnas del arancel que recargan con exceso los productos extranjeros, la consecuencia forzosa ha sido entregar el mercado cubano á la producción peninsular. Para que se juzgue del extremo á que llega el monopolio de España, no hay más sino recordar que los recargos que sufren no pocos artículos extranjeros pasan del 2,000 y hasta del 2,300 por ciento, en proporción á los españoles.

Cien quilos de género de algodón estampado pagan en las aduanas de Cuba, si son españoles, \$ 2'665, si son extranjeros, \$ 47'26. Cien quilos de punto de media, si proceden de España, \$ 10.95, si del extranjero, \$ 195. Mil quilos de sacos para azúcar, cuando son ó se fingen españoles, \$ 4.69; si de otra procedencia, \$ 85.50. Cien quilos de casimir de lana, si son producto español, \$ 15.47, si producto extranjero, \$ 300.

Todavía si España fuese un país de industria floreciente, que produjera los principales artículos que requiere Cuba para su consumo y el entretenimiento y fomento de sus industrias propias, el mal, aunque grande siempre, hubiera sido menor. Pero es hecho de todos conocido el atraso de las industrias españolas y la imposibilidad en que se encuentran de suplir á Cuba con los productos que ésta exige para su trabajo. Los cubanos han tenido que consumir artículos españoles de mala clase, ó pagar á precio excesivo los extranjeros. Los comerciantes españoles encontraron además una nueva fuente de fraudes en el ejercicio de esa ley anacrónica é inficua, nacionalizando productos extranjeros, para importarlos en Cuba.

Como el resorte de esta desatinada política mercantil es mantener el monopolio del comercio español, cuando España se ha visto obligada á quebrantar en cierto modo por algún pacto internacional, lo ha hecho siempre á despecho suyo, y esperando con ansiedad la ocasión de invalidar sus propias promesas. Así se explica la accidentada historia del convenio mercantil con los Estados Unidos, acogido con regocijo por Cuba, dificultado por la administración española y abolido con premura por el gobierno español, en cuanto se le presentó la oportunidad.

Los males y quebrantos producidos á la Isla por esas leyes mercantiles son incalculables. Han sido semillero de pérdidas materiales y de profundo descontento. El año próximo pasado las juzgaba el Circulo de Hacendados y Agricultores, corporación la más rica de la Isla, con toda esta severidad:

"Sería imposible explicar, si esa tarea se intentase, lo que significan las actuales leyes comerciales con referencia á algún plan, ó sistema, económico ó político; porque económicamente, son destructoras de la riqueza pública, y políticamente son la causa de un descontento inextinguible, y encierran el germen de serias desavenencias."

(CONTINUARÁ).